

CARLOS DICKENS

La voz
de las
Campanas

[*El guarda agujas*]

TRADUCCIÓN DE MELCHOR CASAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MÉXICO
J. BALLESCÁ Y C.^o SRES.
1910

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1910

098598 (29113)

823
9

PR4572
.V6
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO I

PRIMER CUARTO DE HORA

Pocas personas habrá... (y ya que es sobremanera conveniente que entre el escritor y el lector se establezca desde el principio una mutua inteligencia, tan perfecta como sea posible, os ruego que advertáis que no limito esta observación á los chiquillos y á los jóvenes, sino que la extiendo á todo el mundo: pequeños y grandes, jóvenes y viejos; lo mismo á los que se hallan todavía en la edad del desarrollo que á los que ya alcanzaren en el período de la decadencia) ... pocas personas habrá, decía, que quieran dormir en una iglesia. No me refiero á echar un sueñecito du-

rante el sermón en tiempo de verano (esto es cosa que se vé alguna que otra vez), sino de noche, y en la soledad.

Muchos, quizás se asombrarían extraordinariamente de mi afirmación si me refiriese al pleno día. Pero no; se trata de la noche, exclusivamente de la noche. Y, con la seguridad completa de vencer, reto al primer impugnador á que, en una negra y borrascosa noche de invierno, venga á encontrarme en un viejo cementerio ante la puerta de una vieja iglesia, y me autorice para encerrarle en ella hasta la mañana siguiente, si fuere necesario, para su completa satisfacción.

Porque el viento de la noche vaga muy lúgubrementemente alrededor de estos edificios vetustos, y gime prolongadamente, y empuja con su mano invisible las puertas y las ventanas, y busca porfiado alguna hendidura por donde acierte á pasar. Y en cuanto ha logrado penetrar en el interior, empieza como quien no encuentra lo que busca, á rugir y ahullar para salir; y no contento con recorrer las naves, con girar alrededor de los pilares, con deslizarse por los senos del órgano, se lanza hasta la bóveda y se esfuerza coléricamente en hacer

pedazos las vigas: entonces se precipita desesperadamente á las losas del pavimento, y desciende murmurando á las criptas y subterráneos. Pero, á lo mejor, vuelve poquito á poco, y sube deslizándose por las paredes, quedo, muy quedo, como si leyese en voz baja las inscripciones consagradas á los muertos. Ante unas, lanza un grito agudo parecido á una carcajada estridente; ante otras, gime y llora en larga lamentación. Con fatídico acento agítase en el recinto del altar, donde parece entonar su voz salvaje tristes lamentos por los crímenes de todas clases, los asesinatos, los sacrilegios, los cultos de los falsos dioses, el desprecio de las tablas de la Ley, que á primera vista son tan bellas y enteras, pero que tantas veces han sido manchadas y rotas. ¡Ah! ¡Dios me libre de presenciar todo eso y me permita estar sentado cómodamente ante el hogar encendido! ¡Es cosa tremenda la voz del viento cantando á media noche dentro de una iglesia!

¡Pero, y en lo alto del campanario!... ¡Allí es el violento rugir y silbar! En lo alto del campanario donde goza de libertad para ir y venir á su gusto á través de los numerosos arcos aéreos y

miradores, y dar vueltas y revueltas por la escalera de caracol, y hacer girar vertiginosamente el gallo de la veleta, y sacudir y hacer retemblar toda la torre! En lo alto del campanario, donde está la campana mayor, y las barandillas de hierro aparecen roídas por el orín; y las planchas de plomo y de cobre arrugadas por las mudanzas del tiempo, crujen y se deforman bajo las pisadas que rara vez las huellan; y los pájaros disponen sus miserables nidos en los rincones de las vigas de roble viejo; y se acumulan densas capas de polvo ceniciento; y las abigarradas arañas, á quienes una larga seguridad ha tornado gordas é indolentes, se balancean perezosamente de un lado á otro al compás del campaneó, no abandonando nunca sus etéreos castillos, al abrigo de alarmas súbitas que les obliguen á encaramarse rápidamente por el hilo ténue como el marino por las cuerdas, ó á tirarse al suelo para salvar la vida con la rápida marcha de sus innumerables patas! En lo alto del campanario de una vieja iglesia, sobre los rumores y las luces de la ciudad y bajo las nubes pasajeras que la cubren con su sombra, es donde la noche tiene ocasiones más pin-

gües para las visiones y las sensaciones pavorosas. Pues bien; en lo alto del campanario de una vieja iglesia residían las campanas cuya historia voy á narrar.

Estas campanas eran muy viejas, os lo aseguro. Siglos atrás fueron bautizadas solemnemente por santos obispos; hace ya tantos siglos, que su fe de bautismo se perdió hace mucho tiempo en la memoria de los mortales, y nadie recuerda sus nombres. Tuvieron, indudablemente, sus padrinos y sus madrinan (de paso, permitid que os diga que por lo que á mí toca preferiría arrostrar la responsabilidad de ser padrino de una campana á serlo de un muchacho), y también debieron de tener sus copas de plata. Pero el tiempo se llevó á los padrinos y Enrique VIII hizo fundir las copas de plata; y las campanas permanecieron suspendidas, sin nombres ni copas, en la torre de la iglesia.

Pero no estaban mudas. Nada de eso. Tenían una voz clara, fuerte y sonora, que se oía á larga distancia, llevada en alas del viento. Por otra parte, esas campanas eran demasiado enérgicas para sujetarse á los caprichos del vien-

to; por eso, luchando gallardamente con él, cuando les era contrario, acababan por salir victoriosas, llevando régicamente su voz á los oídos atentos; y en las noches de temporal deshecho iban á consolar con su canto á alguna pobre madre que velaba á la cabecera de su hijo enfermo, ó á alguna mujer solitaria cuyo marido se hallaba en alta mar: su acento, algunas veces, llegaba á dominar la furia del viento Noroeste; así lo decía Toby Veck, el cual, aunque conocido generalmente por Trotty Veck es indudable que se llamaba Toby; y nadie podía atreverse á cambiarle su nombre (á no ser por el de Tobías), sin una ley especial del Parlamento, ya que había sido tan legalmente bautizado en su tiempo como las campanas en el suyo, aunque con menos solemnidad y menos regocijos públicos.

Por mi parte, confieso estar dominado por la misma creencia de Toby Veck, pues tengo la seguridad de que se vió en sobradas ocasiones de comprobarla. Y cuanto Toby Veck decía, lo suscribo yo. Estoy enteramente á su lado, por más que deba declarar sinceramente que es cosa harto pesada permanecer con él todo el día de pie en el portal de

una iglesia. En efecto, Toby Veck, era mandadero, y aquel era su puesto para aguardar que le hicieran algún encargo.

¡Magnífico puesto para esperar uno, en invierno, expuesto al helado cierzo, con la piel erizada, la nariz amoratada, los ojos enrojecidos, los pies petrificados, los dientes rotos á fuerza de castañetear! El pobre Toby estaba acostumbrado á todas estas incomodidades.

El viento, sobre todo, el viento. Este regolfaba en aquel rincón de la plaza como si se hubiese desatado de las extremidades de la tierra expresamente para atacar á Toby. Muchas veces parecía complacerse en echársele encima cuando menos lo esperaba, dando la vuelta al rincón, pasando por delante de Toby, volviéndose de nuevo rápidamente contra él, como si gritase: —¡Ah! ¡ya le tengo!—

En vano Toby se abrigaba la cabeza con su pequeño delantal blanco, como un niño mal educado; en vano procuraba recurrir á la ayuda de su débil bastón, para sostener algún tiempo esta lucha desigual; sus piernas eran presa á no tardar de una tremenda agitación; su cuerpo tomaba una inclinación obli-

cua ya á un lado, ya á otro, y se veía de tal manera sacudido, abrumado, abofeteado, empujado, despeinado, levantado del suelo, que casi se necesitaba un positivo milagro para que no fuera llevado por los aires, como esas colonias de ranas, de caracoles ú otros animalitos portátiles, de que nos hablan los naturalistas, para ir á caer, formando parte de una lluvia de mandaderos, en alguna región salvaje, con gran asombro de los naturales que no tendrían aun noticia de que hubiese mandaderos en el mundo.

Pero un día de viento, á pesar de tantos rigores, era, después de todo, una especie de fiesta para Toby. Esta es la verdad. En días de viento, el tiempo no le parecía tan largo como los otros días para esperar sus seis peniques; porque la lucha obligada con el elemento tempestuoso mantenía su atención despierta y le prestaba nuevo vigor al sentirse hambriento y descorazonado. Una fuerte helada, una tempestad de nieve, eran también para él como un acontecimiento; esto le reanimaba, no sé por qué ni cómo; el mismo Toby no hubiese acertado á explicarlo. Pero lo cierto es que los días de viento, de hielo y de nieve, y

hasta los de granizo, eran los días buenos para Toby Veck.

El tiempo húmedo era el peor; entonces la lluvia fría, penetrante, viscosa, le envolvía como una capa calada; tal era la única capa que poseía Toby, y de la cual se hubiese pasado de muy buena gana si le hubiesen consultado.

Los días de lluvia eran verdaderamente de prueba para Toby. Cuando la lluvia caía lenta, obstinada, espesa; cuando la niebla envolvía toda la calle como á él mismo; cuando los paraguas humeantes pasaban y volvían á pasar, girando sobre sí mismos como perinolas, chochando unos contra otros en las aceras obstruídas y derramando alrededor multitud de hilos líquidos; cuando el agua saltaba de los canalones, y las gárgolas la vomitaban en ruidosas cascadas, y cuando, chocando en los resaltes de las piedras y las cornisas de la iglesia caía gota á gota sobre Toby, convirtiendo en un instante el puñado de paja en que tenía á los pies en un verdadero estercolero, ¡oh! entonces hubierais visto á Toby mirar inquieto á su alrededor, adelantando su cuello desde el ángulo que le servía de abrigo. ¡Pobre abrigo que en verano no le daba más

sombra que la que en pleno sol ofrecería un bastón ordinario colocado perpendicularmente sobre la acera encandecida! Un minuto después, salía de su rincón intentando entrar en calor por medio del ejercicio: iba y venía de derecha á izquierda una docena de veces, trotando siempre, y volvía animoso á su escondite.

Le llamaban Trotty á causa de su modo especial de andar, que tenía al menos la intención de ser rápido, si en realidad no lo era. Es muy probable que hubiese podido andar más de prisa; pero quitáraisle su trote, y Toby hubiera tenido que guardar cama y se muriera sin remedio. El trotecillo, sin duda, le salpicaba hasta el cogote cuando había barro; y le proporcionaba mil inconvenientes. Seguramente hubiera podido andar de otro modo con muchísima más facilidad: pero esto era una razón más para empeñarse en él tan obstinadamente. Este viejo Toby, diminuto, débil y enclenque, era un verdadero Hércules por sus buenas intenciones. Gustábale ganar su dinero honradamente. Complacíase en creer (Toby era muy pobre y no podía darse gustos más costosos) que su persona valía algo. Con

un encargo ó un paquete en la mano que le valiera un chelín ó diez y ocho peniques, su ánimo, siempre elevado, se elevaba más y más. En cuanto empezaba á trotar, gritaba: «¡paso!» á los mandaderos que corrían delante de él, firmemente convencido de que siguiendo el curso natural de las cosas debía, inevitablemente, alcanzarlos y dejarlos atrás; también tenía la confianza, raras veces puesta á prueba, de que era tan capaz de llevar un fardo á cuestras, como cualquier otro hombre.

Por eso, hasta cuando salía de su escondrijo para entrar en calor en días lluviosos, Toby trotaba siempre, marcando con sus zapatos estropeados una línea sinuosa de huellas en el fango; y soplándose y restregándose las manos heladas, (pobrementé resguardadas del aire glacial por viejos guantes de lana gris, en los que solo el dedo pulgar poseía su departamento especial, estando todos los demás dedos en comunidad dentro de una misma sala) Toby, con sus rodillas encogidas y su bastón bajo el brazo, trotaba siempre. Cuando avanzaba hacia la calle para echar una mirada á las campanas que volteaban, trotaba asimismo Toby.

Esta última excursión hacíala varias veces al día, pues las campanas eran sus infalibles compañeras, y al oír sus voces, sentía vivo interés por contemplar su alto asiento, y considerar la fuerza que las ponía en movimiento, y los martillos que golpeaban su sonoro metal. Este interés por las campanas provenía quizás de que entre ellas y él existía más de un punto de semejanza. En efecto, suspendidas en la torre, estaban á todas horas expuestas al viento y á la lluvia, como él; como él, no veían más que el exterior de las casas; no se acercaban más que él á los hogares cuya llama brillante se reflejaba á través de las ventanas ó escapaba en torbellinos de humo espeso por las chimeneas; vivían también excluidas de toda participación en las buenas cosas que veían entrar constantemente por las puertas de las casas ó por las verjas de las cocinas, llevadas por hábiles cocineros. A veces aparecían en las ventanas caras bonitas, alegres, jóvenes; á veces caras harto diferentes: pero Toby ignoraba (por más que reflexionase á menudo sobre estas bagatelas cuando estaba en la calle, desocupado) de dónde venían estos semblantes, y á dónde iban, y si en

todo el curso del año alguna vez habían movido los labios para decirle una palabra de benevolencia: exactamente lo mismo les pasaba á las campanas.

Toby no era casuista, y lo sabía; no pretendí significar con mis palabras que cuando empezó á aficionarse á las campanas y á convertir poco á poco en amistad más íntima y delicada los primeros instintos de curiosidad que le habían hecho trabar conocimiento con ellas, contrastase tal serie de consideraciones una por una, ni que de todas ellas pasara formal revista en su entendimiento. Lo que quise decir y sostengo es que así como las funciones físicas de Toby, sus órganos digestivos, por ejemplo, llegaban por sí mismos, por su propio mecanismo, á ciertos resultados, gracias á un gran número de operaciones que él ignoraba completamente y cuyo conocimiento le habría admirado mucho; de la misma manera, sus facultades intelectuales sin conciencia suya ni cooperación, habían puesto en movimiento todos sus rodajes y hecho jugar todos sus resortes, y otros mil además, cuando trabajaron para inspirarle un particular afecto por las campanas.

Y si en vez de afecto hubiese dicho

amor, no retiraría la palabra, que á duras penas fuera ésta capaz de expresar un sentimiento tan complicado como el suyo. En su extremado candor llegaba á revestirlas de un carácter extraño y solemne. Ponían tanto misterio en hacerse oír á menudo sin ser vistas jamás; estaban colocadas tan alto y tan lejos; sus acentos estaban llenos de una armonía tan grave é imponente, que las contemplaba con una especie de terror respetuoso; y algunas veces, al levantar los ojos hacia las sombrías ventanas ojivales de la torre, le parecía que alguien iba á hablarle, alguien que no se identificaba precisamente con las campanas, pero cuya voz iba envuelta en su repiqueteo. Por todo ello Toby rechazaba con indignación el rumor corriente según el cual las campanas estaban embrujadas, como si pudiese admitirse la posibilidad de alguna relación entre ellas y el espíritu del mal. En resumen: estas campanas resonaban muy á menudo en sus oídos, ocupaban continuamente su pensamiento, pero siempre las tuvo en buena opinión: y más de una vez, á fuerza de contemplar fijamente y con la boca abierta el campanario donde estaban suspendidas, le había dado un tor-

ticoli tal, que, para curarlo, se veía obligado á emprender uno ó dos trotes extraordinarios.

Precisamente se disponía á emprenderlos un día crudísimo, á la sazón en que acababa de dar la última campanada de las doce, dejando en pos de sí un susurro prolongado y melodioso, como si una monstruosa abeja recorriera el campanario.

—¿La hora de comer, eh?—dijo Toby, trotando arriba y abajo, delante de la iglesia.—¡Ah!

Tenía la nariz roja, los párpados más rojos aun; sus ojos pestañeaban sin cesar, sus hombros se levantaban casi hasta las orejas, sus piernas estaban rígidas; evidentemente, si no estaba helado, poco le faltaba.

—¿La hora de comer, eh?—repitió Toby, sirviéndose de su guante de la mano derecha como de un infantil guante de boxeador para castigar á su estómago por haberse dejado enfriar.— ¡A... a... a... ah...!

Después de lo cual siguió trotando silenciosamente durante un minuto ó dos.

—Esto no es nada—dijo Toby, rom-

piendo á hablar de nuevo; pero interrumpiendo de pronto su trote y su soliloquio, con gran interés y muy alarmado palpóse cuidadosamente la nariz en toda su extensión. La distancia que hubieron de recorrer sus dedos no era muy grande (pues su nariz era exigua) y pronto concluyó su tarea.

—Temí que la hubiese perdido—dijo Toby, trotando de nuevo.—Pero no, está en su lugar. Y aun cuando me abandonara no podría quejarme de ello. Sus servicios son sumamente penosos en esta estación rigurosa, y es sumamente pequeña la paga que le doy; ni siquiera toma tabaco. Aun en el buen tiempo, le sujeto á pruebas harto duras ¡pobre chiquilla! pues si por casualidad llega á aspirar algún olor agradable (y no es muy frecuente) es por regla general la de la comida agena que llevan de la fonda.

Esta reflexión le condujo de nuevo á la que antes dejó interrumpida.

—No hay nada—dijo Toby—que llegue con tan exacta regularidad como la hora de comer, y nada con tanta irregularidad como la comida. Es la gran diferencia que se nota entre las dos cosas. He necesitado muchísimo tiempo para

hacer este descubrimiento. Y me gustaría saber si valdría la pena de comunicárselo á algún señor para que lo llevara á los periódicos ó al parlamento.

Toby quiso únicamente hacer un chiste, pues en seguida sacudió gravemente la cabeza con ademán de renunciar al beneficio de su descubrimiento.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Toby.—Los periódicos están llenos de observaciones como ésta; ¡lo mismo que el parlamento! Aquí está el diario de la semana pasada (y sacó del bolsillo un papelucho grasiento, desdoblándolo) lleno de observaciones. ¡Lleno de observaciones! Me gustaría mucho más las noticias; pero no lleva noticias ni cosa que se le parezca — continuó Toby lentamente, doblando el diario y volviéndolo al bolsillo.—Por esto no se puede leer ningún diario hoy. ¡Es espantoso! No sé adónde irá á parar el pobre pueblo. Quiera Dios que por año nuevo las cosas presenten más agradable cariz.

—¡Eh, padre, padre!—gritó una voz muy suave cerca de él.

Pero Toby no la oyó, y siguió trotando arriba y abajo, absorbido en sus meditaciones y hablando consigo mismo.

—Parece que seamos incapaces de ir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. I.-RIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

bien, ni de obrar el bien, ni de ser conducidos al bien—continuó Toby.—Poco tiempo pasé en la escuela, cuando niño; y no podría decir si en este mundo seríamos para algo ó no. A veces pienso que quizás no seamos del todo inútiles; otras veces me parece que somos unos intrusos. A lo mejor me embrollo de tal manera, que no acierto á resolver si hay en nosotros algo bueno, ó si hemos nacido decididamente malos. Parece fuera de duda que hacemos cosas atroces, y que causamos perturbaciones á la sociedad, pues continuamente se quejan de nosotros. De uno ú otro modo, siempre damos qué decir á los periódicos. ¡Después de esto, habládme del año nuevo!—añadió Toby melancólicamente.—Puedo llevar mi carga como cualquier otro, mejor que cualquier otro, pues soy fuerte como un león y no todos pueden decir lo mismo; pero suponiendo que no venga para nosotros el año nuevo, suponiendo que seamos realmente unos intrusos...

—¡Eh, padre, padre!—repitió la dulce voz.

Toby la oyó por fin, y se estremeció, y se detuvo, y reduciendo á límites menos extensos la mirada que había di-

rigido á lo lejos, hasta el corazón del año futuro, como para buscar algún consuelo, se halló delante de su hija, cuyos ojos se encontraron con los suyos.

¡Y qué ojos tan lindos! Ojos de una mirada profunda, casi imposible de penetrar; ojos negros, que reflejaban como un espejo los demás ojos que querían sondearlos; no ojos llameantes ó fascinadores, sino animados de un brillo suave, límpido, tranquilo, bueno, paciente, emanado de esa luz que Dios creó el primer día. Ojos hermosos é ingénuos, llenos de esperanza; de esperanza tan juvenil y fresca, tan ardiente, tan viva, tan enérgica á despecho de los veinte años de trabajo y de pobreza que habían contemplado, que penetraron en el corazón de Trotty Veck como una voz secreta que le dijese:—Vamos, que algo nos cabe hacer en el mundo... ¡algo!

Trotty besó los labios y estrechó entre sus manos las mejillas frescas y rosadas que acompañaban á aquellos ojos.

—¿Pues bien, hija mía, qué hay de nuevo?—dijo Trotty.—No te esperaba hoy, Mag.

—Tampoco yo esperaba venir, padre—gritó la muchacha moviendo la cabeza y sonriendo.—¡Pero he venido, y no sola!

—¿Qué quiere decir esto?—observóle Trotty, mirando curiosamente un cestillo cubierto que tenía en la mano.

—Oled, querido padre—dijo Meg.— Oled nada más.

Trotty, impaciente, iba á levantar la cubierta, pero su hija se lo impidió alegremente, poniendo la mano sobre el cestillo.

—No, no, no—dijo Meg con infantil alegría.— Esperad un poquito. Dejád-mela levantar á mí; pero un extremo; sólo un extre... mo; mirad—dijo acompañando el gesto á la palabra, y de una manera encantadora y en voz baja como si tuviese miedo de que la oyera el objeto encerrado en la cesta.—Decidme ahora qué traigo.

Toby olió tan vivamente como pudo el borde del cesto y exclamó con entusiasmo:

—¡Ola, ola, y está caliente!

—¡Está muy caliente!—exclamó Mag.—

¡Ah, ah, ah! ¡Está hirviendo!

—¡Ah, ah, ah!—dijo Toby á grandes voces y saltando.—¡Está hirviendo!

—Pero ¿qué es, padre?—dijo Mag.— ¡Vamos! Aún no lo habéis adivinado. Y es preciso que lo adivinéis. No puedo sacar nada del cesto como no adivinéis

de qué se trata. No os apresuréis. Esperad un minuto. Voy á levantar la cubierta un poquito más. Adivinadlo ahora.

Meg tenía un miedo terrible de que acertase demasiado pronto; y á la par que le presentaba el cesto, retrocedía; y levantando sus graciosos hombros, se ponía la mano junto á la oreja como para detener en los labios de su padre la palabra oportuna; y á todo esto seguía sonriendo dulcemente.

Mientras tanto Toby, con una mano en cada rodilla, la nariz pegada al cesto entreabierto, iba aspirando las emanaciones que hacían alborozar su rostro lleno de arrugas cual si absorbiera un frasco de esencia de risas.

—¡Ah! es una cosa muy buena—exclamó Toby.—Será acaso... No, supongo que no es morcilla.

—¡No, no, no!—exclamó Meg contentísima.—¡Nada que se parezca á morcilla!

—No—dijo Toby después de una nueva aspiración—Es... es algo más blando que la morcilla. Es cosa muy buena. Da una dentera cada vez mayor. Son patas de carnero. ¿Acerté?

Meg parecía extasiada. Tan lejos de

la verdad estaban las patas de carnero como la morcilla.

—¿Hígado?—dijo Toby consultando consigo mismo.—No. Hay aquí algo más delicado que el hígado. ¿Piés de lechoncillo? No. No es tan insípido que pueda ser piés de lechoncillo. Para ser crestas de gallo no es bastante glutinoso. También comprendo que no son salchichas. ¡Ah! Ya lo entiendo. ¡Son albondiguillas!

—¡No habéis acertado tampoco!—exclamó Meg, en el colmo de la dicha.—¡No habéis acertado!

—¡En qué estaba pensando!—dijo Toby repentinamente, tomando la posición más perpendicular que su naturaleza le permitía.—Pronto olvidaré hasta mi nombre. ¡Son callos!

Efectivamente, eran callos y Meg transportada de alegría le aseguró que antes de medio minuto añadiría que eran los mejores callos que en su vida había comido.

—Ahora padre—continuó Meg apresurándose á vaciar el cesto,—voy á poner la mesa, pues he traído los callos en un plato y he envuelto el plato en un pañuelo de bolsillo. Así, pues, me daré importancia por una vez: extenderé el

pañuelo como si fuese un mantel y lo llamaré mantel, pues no hay ninguna ley que me lo prohíba ¿no es verdad, padre?

—Que yo sepa, ninguna, querida hija—dijo Toby. Pero hay que tener en cuenta que cada día fabrican alguna ley nueva.

—Y no obstante, acordáos de lo que leísteis en el diario uno de estos días; según opinaba el juez, parece que nosotros los pobres estamos obligados á conocer todas las leyes. ¡Ja, ja! ¡Qué equivocación! ¡Dios mío, que sabios nos suponen!

—Sí, hija mía—exclamó Trotty.—¡Y cuán regaladamente le trataran á cualquiera de nosotros que realmente las conociera todas! Un hombre así engordaría rápidamente en el trabajo, y se hallaría en seguida amigo de todos los ricos de la vecindad. ¡No cabe duda!

—Y esto no le privaría de comer con apetito, si su comida oliese tan bien como la vuestra,—repuso Meg jovialmente. Despachad, pues; en el cesto hay además una patata al rescoldo, caliente todavía y una botella con medio cuartillo de cerveza fresca. ¿Dónde queréis comer, padre? ¿En este guardacantón ó

en aquella escalera? Querido padre, ya veís como progresamos. Podemos escoger entre dos comedores.

—Hoy, en la escalera, hija mía—dijo Trotty.—En tiempo seco, la escalera. El guarda cantón es para cuando llueve. En todo tiempo es más cómoda la escalera, porque uno puede sentarse, pero en días húmedos se expone uno á pillar un reumatismo.

—Pues sea aquí—dijo Meg batiendo palmas después de haberlo preparado todo en un momento.—La mesa está puesta. La comida está servida. ¡Magnífico! ¡Vamos, padre, vamos!

Desde su descubrimiento del contenido del cesto, Trotty permanecía en pie, los ojos fijos en su hija, y hablándola con un aire abstraído, que demostraba que aunque ella constituyese el único objeto de su pensamiento y de sus ojos, exclusión hecha de los callos, ya no la veía tal como aparecía en aquel momento sino que se la figuraba vagamente en algún cuadro imaginario en el cual se desarrollaba el drama de su vida futura. Vuelto en sí por el jovial llamamiento de Meg, sacudió melancólicamente la cabeza como quien trata de arrojar ideas negras y trotó hacia ella.

Cuando iba á sentarse, sonaron las campanas.

—¡Amén!—dijo Trotty quitándose el sombrero y dirigiendo una mirada hacia el campanario.

—¿Amén á las campanas, padre?—exclamó Meg.

—Han sonado en acción de gracias, querida hija—dijo Trotty sentándose. Si pudiesen hablar, estoy seguro de que la rezarían. ¡Qué cosas tan hermosas dicen siempre!

—¿Las campanas, padre?—dijo Meg riendo, poniéndole delante un plato con su cuchillo y tenedor.—¡Soberbio!

—Así me lo parece al menos—dijo Trotty atacando la comida vigorosamente.—¿Y dónde está la diferencia? Si oigo que me hablan ¿qué importa que hablen ó no? Si supieses, querida hija—dijo señalando la torre con su tenedor, y animándose gradualmente bajo la influencia de la comida, cuántas veces he oído que me decían:—¡Toby Veck, Toby Veck, buen ánimo, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, buen ánimo, Toby!—¿Un millón de veces? Todavía más veces.

—¡Bueno, pues yo no lo he oído nunca!—exclamó Meg.

Y, no obstante, lo habría oído infinidad

de veces de labios de su padre, pues éste era su tema favorito.

—Cuando las cosas andan mal—dijo Trotty,—tan mal que casi no pueden andar peor, entonces dicen:—¡Toby Veck, Toby Veck, pronto tendrás algún encargo, Toby! Toby Veck, Toby Veck, pronto tendrás algún encargo, Toby! ¹

—Estas son sus palabras exactas.

—¿Y llega al fin, padre?—preguntó Meg con su dulce voz, pero con un dejo de tristeza.

—Siempre—aseguró inconscientemente Toby.—No falta nunca.

Durante este diálogo, Trotty no tuvo ni un instante su ataque al sabroso plato que tenía delante, y cortaba y comía, y cortaba y bebía, y cortaba y masticaba, yendo de los callos á la patata, de la patata á los callos, con gran delicia y apetito insaciable. Pero como echase una mirada á lo largo de la calle para ver si alguien, desde una puerta ó ventana hacia señal de recurrir al mandadero, al volver los ojos distinguió á Meg sentada delante de él con los brazos

1) El autor imita el sonido de las campanas en cuantas frases les atribuye. Es imposible conservar en castellano las ingeniosas onomatopeyas.
—N. del T.

cruzados, viéndole comer con una sonrisa de satisfacción.

—¡Válgame Dios!—dijo Trotty, dejando caer su cuchillo y su tenedor.— ¡Paloma mía! ¡Meg! ¿Por qué no me lo advertías? ¡Qué bruto soy!

—¿Padre?...

—Heme aquí sentado—dijo Trotty, con sincero remordimiento—engullendo, atiborrándome, hartándome; y en tanto me olvido de mi hija, que está delante de mí y seguramente en ayunas, y no atreviéndose á decírmelo, mientras que...

—Pero si no estoy en ayunas, padre—interrumpió Meg sonriendo.—También yo he comido, y bien.

—¡Qué disparate!—dijo Trotty.— ¡Dos comidas en un día! ¡No es posible! Como si dijeras que vendrán á la vez dos días de año nuevo ó que he guardado toda la vida una moneda de oro sin cambiarla.

—Os aseguro que he comido, padre—dijo Meg acercándose á él;—y si queréis ir continuando, os explicaré donde y de qué manera, y por qué azar he podido traeros vuestra comida, y... y alguna cosa más.

Toby no se decidía á creerla; pero Meg le dirigió una límpida mirada, y poniéndole la mano en los hombros, le

advirtió que no dejase enfriar la comida. Trotty empuñó de nuevo cuchillo y tenedor y volvió á la tarea, pero mucho más lentamente que antes, cual si estuviese descontento de sí mismo.

—He comido, padre—dijo Meg después de una ligera vacilación,—con... con Ricardo. Le adelantaron su hora de comer, y como traía consigo su comida cuando vino á verme, nos... nos la comimos juntos, padre.

Trotty sorbió un trago de cerveza, se relamió los labios, y advirtiendo que su hija callaba se limitó á exclamar:

—¡Oh!

—Y Ricardo dijo, padre...—repuso Meg sin concluir la frase.

—¿Qué dijo Ricardo, Meg?—preguntó Toby.

—Ricardo dijo, padre...—otra interrupción.

—¡Ricardo estuvo mucho tiempo para decir esto!

—Dijo pues, padre—continuó Meg atreviéndose por fin á levantar los ojos, y con voz clara aunque un poco temblorosa,—que no tardará en concluir otro año y ¿á qué esperar año tras año, cuando es tan poco probable que mejoremos nuestra situación? Dijo que ahora

somos pobres y que después seguiremos siéndolo; pero que hoy somos jóvenes, y los años van pasando y envejecemos sin notarlo. Dijo que las gentes de nuestra condición, si seguimos esperando que nuestro camino quede bien despejado, iremos á parar infaliblemente al camino más estrecho, al camino común, el del cementerio.

Se necesitaba un valor muy superior al de Trotty para contradecir estas razones. Trotty no contestó nada.

—¡Y es tan triste, padre, caducar y morir con remordimientos, pensando que hubiéramos podido ayudarnos y consolarnos mutuamente! ¡Es tan duro amarse toda la vida, y sufrir separados, viendo como vamos trabajando, cambiando, envejeciendo y encaneciendo cada cual por su lado! Aun suponiendo que me fuera dado llegar á olvidarle (lo creo imposible) ¡oh querido padre! ¿no es muy duro tener el corazón tan henchido como lo está el mío ahora, y vivir sintiendo como se seca gota á gota sin gozar ni uno de los momentos de felicidad que constituyen la vida de la mujer para sostenerme, fortalecerme y consolarme?

Toby continuaba silencioso. Meg se

enjugó los ojos y añadió más alegremente, esto es, ora riendo, ora sollozando, ora riendo y sollozando á la vez.

—Por eso, padre, Ricardo dijo que ya que le aseguraron trabajo ayer para largo tiempo, y puesto que le amo hace tres años largos ¡ah! ¡si él supiese que hace mucho más tiempo! es preciso que me decida á casarme con él por la fiesta de año nuevo, el día mayor y más feliz de todo el año, según él, y que casi siempre trae buena suerte. ¿Os hemos prevenido con poca anticipación, verdad? Pero yo no tengo dote que deba ordenarse, ni traje de bodas que encargar como las grandes damas ¿verdad, padre? En fin, tanto ha insistido, se ha mostrado á la vez tan resuelto y tan tierno, tan serio y tan amable, que le he prometido hablaros del tema. Y como esta mañana he cobrado inesperadamente mi trabajo, y toda la semana lo habíais pasado bastante mal, no he podido resistir al deseo de que este día tan feliz para mí fuese también para vos como un día de fiesta; por eso he querido daros una sorpresa trayéndoos este regalillo.

—¡Y él lo deja enfriar sobre las gradas!—dijo otra voz.

Era la voz de Ricardo, que acababa de llegar sin ser observado, y que de pie ante padre é hija, los contemplaba con encendida cara, con cara semejante al hierro candente que golpeaba durante todo el día su pesado martillo. Era un jovencito guapo, gallardo y robusto, con ojos centelleantes como las chispas que arroja el fuego de una fragua, cabellera negra que le caía en graciosa copia de rizos sobre las sienes, y una sonrisa... una sonrisa que justificaba completamente los elogios tributados por Meg á su lenguaje persuasivo.

—Y él lo deja enfriar sobre las gradas!—repitió Ricardo.—¿No sabe Meg lo que le gusta? ¿No le ha servido bien?

Trotty, todo acción y entusiasmo, inmediatamente tendió la mano á Ricardo, y se disponía á contestarle cumplidamente cuando la puerta de la casa se abrió de pronto, dejando paso á un lacayo que por poco mete el pie dentro del plato de callos.

—¡Fuera de aquí! ¿Ocuparéis por los siglos de los siglos nuestra escalera? ¿No podríais ir á incomodar á algun otro vecino? ¿Queréis abandonar este sitio, sí ó no?

Hablando en propiedad la última pregunta era superflua, porque á la primera palabra la escalera quedó libre.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?—preguntó el caballero para el cual habían abierto la puerta y que salía de la casa con ese paso á la vez ágil y pesado, verdadero término medio entre la carrera y el pequeño trote, con el cual un señor de media edad, que lleva botas nuevas, gran cadena de reloj y camisa blanca debe salir á la calle; no solamente sin ninguna mengua de su dignidad personal, sino también para dar á comprender la grande importancia de los asuntos que le llaman á casa de personas notables y ricas.—¿Qué es esto, qué es esto?

—¿Será preciso que cada día os pidamos, os roguemos, os supliquemos de rodillas—dijo el lacayo con grande énfasis á Trotty Veck,—que dejéis en paz nuestros peldaños? ¿No podéis dejarlos en paz?

—¡Vaya! ¡Basta, basta!—dijo el caballero.—¡Hola! Mandadero—meneando la cabeza en dirección á Trotty Veck.—Venid acá. ¿Qué es esto? ¿Vuestra comida?

—Sí, señor,—dijo Trotty, dejando el plato en un rincón, á su espalda.

—No lo dejéis allí—exclamó el caballero.—Traedlo acá, traedlo acá. ¡Bien! Es vuestra comida ¿verdad?

—Sí, señor—repitió Trotty mirando, con los ojos fijos y la boca haciéndosele agua, el pedazo de tripa que se había reservado para su último delicioso bocadillo, y que el caballero volvía y revolvía en todos sentidos con las puntas del tenedor.

Dos caballeros más habían salido con él. Uno de ellos era un caballero ni joven ni viejo, de aspecto triste, que vestía un traje no muy rico; guardaba las manos constantemente en los anchos bolsillos de su estrecho pantalón gris, que boqueaban y dejaban caer sus extremos como orejas de perro gracias á semejanza de costumbre; además, adivinábase fácilmente que no gastaba el oro y el moro en cepillos ni en jabón. El otro más pulcro, estaba gordo, reluciente y llevaba frac azul con botones de metal y corbata blanca. Tenía la faz colorada, como si la sangre afluyera á su cabeza en mayor proporción de la debida; lo cual tal vez podía explicar porque parecía tener tan frío el corazón.

El que tenía la comida de Toby en las puntas del tenedor llamó al primero con

el nombre de Filer; y quedaron muy próximos. Como Mister Filer tenía la vista excesivamente corta, tuvo necesidad de acercarse tanto al resto de la comida de Toby para examinarla, que el corazón del pobre Toby se le subió á la garganta. Pero no, Mister Filer no comió.

—Alderman—dijo Filer dándoles golpecitos á los restos de la comida de Toby con su porta-lápiz,—esto es una especie de alimento animal generalmente conocido entre la población obrera de este país con el nombre de callos.

El Alderman sonrió y guiñó el ojo, pues era hombre muy alegre. ¡Oh! ¡Muy alegre y muy astuto! ¡Un infalible conocedor de todas las cosas! Nadie podía imponérsele. Leía en el alma de la gente. Conocía bien el mundo, el Alderman Cute. ¡Os lo aseguro!

—¿Pero quién es el que come callos?—dijo Mister Filer, mirando alrededor.—Los callos son, sin ningún género de duda, el artículo de consumo menos económico, el que presenta más pérdidas de todos los que pueden producir los mercados de este país. Se ha comprobado que la pérdida de una libra de callos en ebullición se eleva á más de siete

octavas partes por libra y sólo pierde una quinta parte en las mismas circunstancias otra substancia animal cualquiera. Los callos resultan proporcionalmente más caros que las ananas de invernadero. Teniendo en cuenta el número de animales sacrificados anualmente según las tablas de mortalidad auténticas, y estimando el minimum de la cantidad de tripa que estos animales racionalmente destrozados por los matarifes produjeran, encuentro que la merma que esta cantidad de tripa sufriría al hervirla, bastaría para alimentar una guarnición de quinientos hombres durante cinco meses de treinta y un días y el de Febrero por añadidura. ¡Qué pérdida! ¡Qué pérdida!

Al oír esta espantosa revelación Trotty de pie, horrorizado, sintió que las piernas le flaqueaban. Parecíale hallarse culpable de haber hecho morir de hambre á una guarnición de quinientos hombres.

—¿Quién come callos?—dijo Mister Filer calurosamente.—¿Quién come callos?

Trotty inclinó humildemente la cabeza como un culpable.

—¡Ah! ¿Sóis vos?—dijo Mister Filer.—

Pues parad mientes en lo que voy á decir. Este plato de callos, amigo mío, lo habéis arrancado á la boca de las viudas y de los huérfanos.

—Espero que no—baluceó Trotty tenuemente.—Preferiría morirme de hambre.

—Alderman—continuó Mister Filer,—dividid la cantidad de callos antes mencionada por el número probable de viudas y huérfanos existentes y el resultado será un gramo y quinientos cincuenta y cinco miligramos de callos por cabeza. No sobran ni seiscientas cuarenta y siete diezmilésimas para este hombre; por consiguiente, es un ladrón.

Este rudo golpe produjo tal efecto en Trotty, que contempló sin el menor pesar como el Alderman se zampaba el resto de los callos. Hasta se alegró de haberse desembarazado de ellos de cualquier modo.

—Y vos, ¿qué decís á eso?—preguntó el Alderman jocosamente al caballero de la cara encendida y el frac azul.—Ya habéis oído al amigo Filer. ¿Qué os parece?

—¿Qué voy á decir?—contestó el interpelado.—¿Qué queréis que diga? ¿Quién va á interesarse por semejante mama-

rracho (señalando á Trotty) en los degenerados tiempos que hemos alcanzado? ¡Contempladle! ¡Vaya un tipo! ¡Ah! las buenas edades antiguas, las grandes edades antiguas, las nobles edades antiguas! En aquellas edades había una raza de campesinos robustos... y muchas otras cosas. Eran los tiempos de las grandes cosas, en una palabra. Hoy ya no hay nada. ¡Ah!—exclamó el caballero de la cara colorada.—¡Las buenas edades antiguas, las buenas edades antiguas!

Y no especificó á que edades particulares aludía: tampoco dijo si los reproches que dirigía al tiempo presente procedían de una convicción desinteresada de que no había producido nada verdaderamente notable, al producirle á él.

—¡Las buenas edades antiguas, las buenas edades antiguas!—repetía.—¡Qué edades aquellas! ¡Las únicas edades posibles! No me hablen de otras edades, ni de las gentes de tales edades. ¿Edades las llamáis? Yo no. Pasad los ojos por las «Costumbres de Strutt», y veréis lo que era un mandadero bajo el reinado de cualquiera rey antiguo en la vieja Inglaterra.

29113

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah!—interrumpió Mister Filer.—
En las circunstancias más favorables no tenía camisa para para cubrirse la espalda, ni medias para abrigar los pies; y apenas si en toda Inglaterra se producía una sola legumbre que pudiese llevar á la boca. Puedo probarlo con datos estadísticos.

A pesar de esta réplica, el caballero de la cara colorada siguió elogiando las buenas edades antiguas, las grandes edades antiguas, las nobles edades antiguas. No haciendo caso de cuanto se le pudiese objetar, daba vueltas y revueltas por el mismo círculo para volver á su eterno estribillo; así la pobre ardilla hace girar su jaula tocando siempre el mismo mecanismo, con una idea tan clara de su obra como el caballero caribermejo de la adorada edad de oro.

Es posible que la fe del pobre Trotty en estas vagas edades antiguas no fuese enteramente destruída, pues en aquel momento no sabía á punto fijo lo que debía creer. No obstante, una cosa le parecía clara y evidente y es que á pesar de las diferencias de detalle que se habían revelado entre las opiniones de aquellos caballeros, sus meditaciones de la mañana y de otras muchas

mañanas eran muy fundadas.—No, no—pensaba Trotty en su desesperación.—No somos capaces de ir bien, ni de hacer nada bueno. No somos buenos para nada. Hemos nacido malos.

Pero Trotty tenía en sus adentros un corazón de padre que protestaba de esta sentencia; no podía soportar la idea de que Meg, aún bajo la impresión de su breve alegría debiese oír como aquellos sabios caballeros auguraban su porvenir.—¡Dios la asista!—pensaba el pobre Trotty.—Harto pronto lo conocerá.

Por consiguiente, muy ansioso, indicó con una seña al joven forjador que se la llevase. Pero Ricardo estaba tan absorto hablando en voz baja con ella á corta distancia, que cuando se dió cuenta de sus deseos, ya había llamado la atención del Alderman Cute. Y éste, que aún no había podido meter baza en la discusión, y también era un filósofo, pero filósofo práctico, ¡oh, sí! verdaderamente práctico, y no sentía el menor deseo de perder una parte de su auditorio, les gritó:

—¡Alto! ¡Detenéos!

Y luego, dirigiéndose á sus dos amigos, con su habitual sonrisa de satisfacción, habló así:

—Ya sabéis que soy hombre llano y práctico y que hago las cosas llanamente y de una manera práctica. Es mi sistema. Pues bien; no es ningún misterio, no ofrece la menor dificultad el tratar con estas gentes; basta saber su lenguaje especial para comprenderles y hablarles. Vais á verlo. ¡Mandadero! No volváis á mí ni á ninguno de mis amigos con el cuento de que no siempre disponéis de que comer, y aun de lo mejor; estoy perfectamente enterado. He probado vuestros callos, lo habéis visto y no podréis *engatusarme*. ¿Comprendéis lo que quiere decir *engatusar* ¿eh? Es la palabra propia ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! ¡Dios me valga!—siguió el Alderman, volviéndose á sus amigos.—Es la cosa más fácil del mundo tratar con estas gentes. Solo se necesita poseer su lenguaje típico.

¡Qué hombre tan famoso para el pueblo el Alderman Cute! ¡Nunca de mal humor! ¡Siempre fácil, afable, jocoso y tratando á todo el mundo con tanta franqueza!

—Bien véis, amigo—siguió el Alderman,—que se dicen mil tonterías á propósito de las necesidades de estas gentes... *estar á la última pregunta,*

¿sabéis? ¿no es esta la frase? Hay que suprimir todo esto. Se han puesto en boga mil extrañas jerigonzas sobre el hambre, y también quiero suprimirlo. No lo extrañéis. ¡Dios me valga!—dijo el Alderman, encarándose nuevamente con sus amigos—con esta gente podéis suprimir todo lo que os dé la gana; solo se necesita saber tomarles la embocadura.

Trotty cogió inconscientemente la mano de Meg y pasó su brazo por el de ella.

—¿Es vuestra hija, eh?—dijo el Alderman, pasándole familiarmente la mano por la barba.

¡Siempre afable con las clases trabajadoras, el Alderman Cute! ¡Sabía tratarlas admirablemente! ¡Ni una miaja de orgullo!

—¿Y su madre, dónde está?—preguntó el digno gentil hombre.

—Murió—dijo Toby.—Su madre era costurera, y fué llamada al cielo cuando ésta nació.

—Supongo que habrá dejado de coser allá arriba—dijo el Alderman jocosamente.

Toby podía representarse ó dejarse de representar á su esposa en el cielo

ejerciendo su antiguo oficio. Pero, una pregunta: ¿Si Mistress Alderman Cute se hubiese ido al cielo, su noble esposo se la imaginaría ejerciendo un oficio ó en una situación que se prestase á la risa?

—¿Vos sois su novio, no es eso?—dijo Cute al joven forjador.

—Sí—replicó Ricardo vivamente, algo picado por la pregunta.—Y, Dios mediante, nos casaremos el día de año nuevo.

—¿Qué decís?—exclamó Filer ásperamente.—¿Casamiento?

—Sí, sí, tal es nuestro propósito, señor—dijo Ricardo.—Y como veis, llevamos tanta prisa, por miedo de que lo supriman antes.

—¡Ah!—exclamó Filer suspirando.—Suprimidlo en efecto, Alderman, suprimidlo, y haréis algo sumamente provechoso. ¡Casarse! ¡¡Casarse!! ¡Qué barbaridad! La ignorancia de los principios más rudimentarios de la economía política por parte de estas gentes, su imprevisión, su inmoralidad, es ¡por el cielo! cosa de... Pero hacedme el favor de contemplar esta pareja.

Verdaderamente era una pareja encantadora; y contemplándola, parecía

que casarlos era la cosa más natural y acertada.

—Aunque uno alcanzase una vida tan larga como Matusalen—dijo Mister Filer—y durante toda su vida trabajase en beneficio de estas gentes y acumulase hechos y cifras, más hechos y cifras, montañas de hechos y cifras, no podría abrigar la esperanza de persuadir á estas gentes de que no alcanzan el menor derecho ó ventaja por el hecho de casarse, como no lo tenían tampoco por el hecho de nacer. Y no cabe duda, no los tienen. Hace largo espacio que hemos demostrado esta verdad de una manera matemática.

El Alderman Cute, que se divertía extraordinariamente, llevó el dedo índice de su mano de su mano derecha á la punta de la nariz, como diciendo á sus amigos:—Observadme. Fijad los ojos en el hombre práctico—y llamó á Meg, diciéndole:

—¡Acércate, muchacha!

Hacía algunos minutos que el enamorado sentía subírsele furiosamente á la cabeza su sangre joven, y estaba muy poco dispuesto á dejarla obedecer. No obstante, se contuvo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pero acercóse al mis-

mo tiempo que Meg, y se colocó á su lado. Trotty seguía estrechando la mano de su hija, pero su mirada discurría extraviada del uno al otro de los presentes, como si estuviese soñando.

—Ahora, muchacha, voy á darte un buen consejo en pocas palabras—dijo el Alderman con su afabilidad característica.—Mi obligación es dar buenos consejos, pues soy juez de paz. Sabes que soy juez de paz ¿verdad?

—Sí—contestó Meg, timidamente.

Todo el mundo sabía que el Alderman Cute era juez de paz. ¡Oh! ¡y juez de paz tan querido, tan activo siempre! ¡Nada brillaba con santo resplandor á los ojos del público, como Cute!

—Dices que vas á casarte—prosiguió el Alderman.—¡Grande inconveniencia y falta de delicadeza en persona de tu sexo! Pero no importa. Cuando te hayas casado, reñirás con tu marido y serás desgraciada. Tú te figuras que no será así; pero te equivocas, puesto que yo te lo aseguro. Ahora debo advertirte lealmente que he decidido suprimir las mujeres desgraciadas. Por consiguiente, procura componértelas de modo que no tengas que presentarte ante mí. Tendrás hijos... muchachos... Estos mucha-

chos crecerán con el tiempo; serán unos pilluelos, y rondarán por las calles, sin zapatos ni medias. ¡Préstame atención, amiguita! Todos se verán condenados sumariamente, pues he determinado suprimir los muchachos sin zapatos ni medias. Quizás tu marido muera joven (es muy probable), dejándote con un chiquillo en los brazos. Entonces, el propietario te pondrá á la puerta de la buhardilla, y tendrás que vagar arriba y abajo, por las calles. En este caso, no te acerques á mí, amiguita, porque he resuelto suprimir á todas las madres vagabundas. Sí; tengo la firme resolución de suprimir á todas esas madres jóvenes, cualquiera que fuese su clase y condición. No creas que te valga la excusa de que estás enferma ó tienes chiquillos; pues he determinado suprimir á todos los enfermos y chiquillos (bien debes conocer el texto del oficio de la Iglesia... aunque temo que no). ¡Y si movida por la desesperación, la ingratitud ó la impiedad, despreciando las leyes más santas, intentas ahorcarte ó echarte al río, no esperes piedad para tí, pues tengo el propósito de suprimir el suicidio! Si sobre algo—dijo el Alderman con su sonrisa de satisfacción íntima,

puedo decir que me he formado una opinión incontrastable, es sobre la su- presión del suicidio. Así, pues, no in- tentes la suerte. ¿Esta es la frase, eh? ¡Ja! ¡ja! Ahora, ya estamos advertidos.

Toby no sabía si reír ó llorar, viendo que Meg, palideciendo mortalmente, se desprendía de la mano de su novio.

—En cuanto á tí, pedazo de animal— dijo el Alderman, volviéndose hacia el forjador con creciente buen humor y urbanidad,—¿por qué te has metido en la cabeza la idea de casarte? ¿Qué necesidad tienes de casarte, imbécil? Si yo fuera un joven guapo, bien plantado y rollizo como tú, me daría vergüenza de ser bastante marica para atarme vo- luntariamente á los cordones del de- lantal de una mujer. ¿No ves que ha- brá envejecido antes que llegues á los treinta años? ¡Qué facha tan bonita pon- drás entonces arrastrando por todos lados á una mujer desaliñada y una ca- terva de chiquillos vocingleros!

¡Oh! ¡Sabía bromear muy bien con el pobre pueblo el Alderman Cute!

—¡Ea! Largo de aquí ahora y arre- piéntete. No seas necio; no te cases el día de año nuevo. Antes de otro día de año nuevo habrás cambiado enteramen-

te de opinión. ¡Un buen mozo como tú, que llevará tras sí los ojos de todas las muchachas!... ¡Ea, marcháos!

Los dos se marcharon sin darse el brazo ni la mano, ni dirigirse dulces mi- radas; ella iba con los ojos llenos de lágrimas, y él sombrío y con la cabeza baja. ¿Eran aquellos los dos corazones que poco antes habían hecho estremecer de felicidad al viejo Toby? No, no. El Alderman (bendito sea), los había su- primido.

—Ya que os quedáis—dijo el Alder- man á Toby,—vais á llevar una carta de mi parte. Iréis muy de prisa ¿eh? Sois viejo...

Toby, que seguía mirando con estu- por á su hija que se alejaba, murmuró maquinalmente, que era muy ligero y muy fuerte.

—¿Qué edad tenéis?—preguntó el Al- dermán.

—Más de sesenta años, señor—contes- tó Toby.

—¡Oh! Ya lo véis; este hombre ha re- basado el término medio de la vida—ex- clamó Mister Filer, sin poderse contener por más tiempo, como si su paciencia hubiese alcanzado su límite ante seme- jante abuso.

—Ya veo que soy un intruso, señor —dijo Toby.—¡Esta mañana misma lo estaba pensando! ¡Pobre de mí!

El Alderman interrumpió sus lamentaciones entregándole la carta que sacó de su bolsillo. Iba también á pagarle un chelin por el trabajo, pero Mister Filer demostró tan claramente que esto equivalía á robar á cierto número de personas nueve peniques por cabeza, que dió solo seis peniques á Toby; y éste aun se alegró de su buena suerte.

Entonces el Alderman tomó á sus dos amigos, uno á cada brazo, y echó á andar triunfalmente; pero volvió inmediatamente atrás como si hubiese olvidado algo.

—¡Mandadero! —dijo el Alderman.

—¡Señor! —dijo Toby.

—Vigilad mucho á vuestra hija. Es demasiado bonita

—A ver si va á resultar que hasta sus bellos ojos le han sido robados á alguien —pensó Toby contemplando los seis peniques que tenía en la mano, y pensando en los callos.—Habrás despojado á quinientas damas encopetadas de la parte de hermosura que las correspondía por cabeza. No lo extrañaría. ¡Es verdaderamente terrible!

—Es demasiado bonita, amigo—repitió el Alderman. Todas las probabilidades indican que acabará mal, lo veo con la mayor claridad. Fijaos bien en mis palabras. Vigíladla mucho.

Dicho esto se apresuró á reunirse con sus compañeros.

—¡El mal por todas partes! ¡Siempre el mal! —dijo Trotty juntando las manos.

—Nacimos perversos, y no tenemos nada bueno que hacer en el mundo.

Cuando acababa de decir estas palabras, las campanas sonaron en sus oídos; su voz era llena, grave y sonora, pero no llevó ningún consuelo al alma de Trotty.

—Su sonido ha cambiado—exclamó el pobre viejo escuchando atentamente.—No me dicen ni una sola de las palabras que tanto me encantaban. ¿Cómo no ha de ser así? Ya tanto me importa el año nuevo como el que está acabando. ¡Quisiera morirme!

Las campanas, entretanto, continuaban repicando con su nuevo acento.

—¡Suprimidlas, suprimidlas! ¡Las buenas edades antiguas, las buenas edades antiguas! ¡Hechos y cifras, hechos y cifras! ¡Suprimidlas, suprimidlas!

He aquí lo que decían ahora, taladrán-

do las sienes y oprimiendo el cerebro del pobre Toby.

Este llevóse las manos á la aturdida cabeza, apretándosela como para impedir que estallase. Acción muy oportuna, pues gracias á ella se halló con la carta del Alderman entre los dedos, y acordándose de su encargo, emprendió maquinalmente la marcha con su trote habitual.



CAPÍTULO II

SEGUNDO CUARTO DE HORA



LA carta que el Alderman Cute había entregado á Trotty iba dirigida á un gran personaje que vivía en el gran barrio de la ciudad, el barrio mayor, tan grande, que á causa de ello sus moradores le donominaban generalmente con el nombre de *el mundo*.

Y á la verdad, esta carta parecía también pesarle á Toby más que todas las cartas que hubiese llevado en su vida. No porque el Alderman la hubiese sellado con un gran escudo de armas y una inmensa costra de lacre, sino por la suma importancia del nombre que había escrito en la dirección, y por la enorme cantidad de oro y plata á que este nombre iba asociado.